Dª Isabel Díaz.

Dª Isabel. *"La escuela ha sido mi refugio, mi alegría, mi descanso… siempre".*

Mi primera maestra era Dª Gloria, y tenía la escuela en las dependencias del ayuntamiento que existían sobre los soportales de la plaza. Después pasé al casino obrero que estaba en la calle Molino, allí aprendía a leer y escribir y … a mancharme sin remedio los dedos con la tinta que chorreaba plumín abajo, cuando lo sacábamos de aquel tintero embutido en los agujeros que los pupitres tenían dispuestos para tal menester.

Tinta que cuando acababa teníamos que fabricar nosotras. ¡Hoy me toca a mi la tinta! Decía la bienaventurada de turno. Y allá que se iba con su anilina, su agua, y su frasco de confeccionar el líquido prodigioso, para repartirlo en los tinteros y quedar con las manos como tizones.

También aprendía a encender el brasero. Necesitábamos paleta, brasero, papeles de periódicos, dos cartones y picón. Colocábamos las cosas en el brasero, lo encendiamos con una cerilla y a base de abanicar se conseguía prender el picón.

Otras veces no había picón y la cosa se ponía más fea. Nos mandaban a la panadería de "Cacharro" que estaba en la esquina con la c/ Cristo. Amalio el panadero, o su hermano nos echaban unas paladas de brasa para llenarlo. Nosotras al coger el asa nos tapábamos la mano con un pañuelo, porque si no nos quemábamos vivas. Y lo llevábamos a la escuela.

Pero vamos, nadie ponía el grito en el cielo. Yo no digo que fuera muy prudente, pero había que hacerlo.

En el obrero nos daba clase doña Mari Carmen Hernández de Almagro, un encanto de mujer. No era muy guapa, pero era tan buena que se le salía el alma por los ojos.

Estaba algo delicada de salud, por lo que a veces no podía venir a la escuela y la sustituía su hermana, sin ningún problema por parte de las autoridades.

Por aquel entonces la maestra podía faltar a clase siempre que esta quedara atendida por "persona idónea".

Su hermana no era maestra pero era "persona idónea". Nos lo pasábamos requetebién porque nos enseñaba muchas canciones y nos hacía trabajar muy poco. Era lo que tenía ser idónea: "vete a la escuela, cuida que no se maten las muchachas y poco más".

Cuando terminé la escuela, mi madre, me colocó en un taller de modista, en el de la Ofelia, la hija de Zapata. Gran mujer que me enseñó mucho de

costura y de la vida. A mi madre no se le pasaba por la cabeza que yo pudiera estudiar algo.

Por entonces eran muy pocas las muchachas que estudiaban, que yo recuerde: Elisa, Cefe: hija de don Mariano, Mari Tere y Jeri, Josefina Rubio…

Yo me moría de envidia. No me disgustaba el taller, pero yo… quería estudiar. Quería ser maestra. Así pues un día me presenté yo sola en la clase de don Evelio, que estaba en el obrero y le dije: D. Evelio yo quiero estudiar. Me miró me dio un libro y me dijo lee esto. Después llamó a su mujer doña Mercedes y le dijo: mira cómo lee esta niña.

Después ellos me mandaron a casa. Y a medio día cuando acabaron las clases D. Evelio se presentó en mi casa y le dijo a mis padres: esta niña tiene que estudiar.

Mi padre dijo que si era lo que yo quería se haría, pero mi madre que me tenía destinada a modista preguntó que cómo lo harían si en casa no había dinero. Entonces mi padre le preguntó: Antonia, tu ¿tienes camisa?, ¿si? Pues si es necesario vendemos hasta tu camisa. Pero la niña estudia.

Y me mandaron a estudiar. Como ya tenía 15 años me pusieron con los niños de 9, porque eran ellos los que estudiaban para hacer el ingreso. Me sentí como una madrucha, pero de que me di cuenta estaba haciendo oposiciones a magisterio.

Quedé en segundo lugar y salí con plaza directa. Había que elegir uno de los diez pueblos que ofrecían. La primera pidió Villar del Pozo. A mí me quedaban 9. La que venía detrás me dijo, no pidas Santa Cruz de los Cáñamos que allí te mueres de asco. O lo conocía bien o lo quería para ella, no se. Así pues, china, china capuchina…Luciana. Que buen acierto, aprendí muchísimo de la compañera que tenía.

No me quedé allí por lo lejos que estaba. Cuando me llevaron al pueblo, mi madre volvió a Bolaños como una magdalena diciendo: "dios mío, mi hija se queda en el fin del mundo". Me hospedé con una familia que me trató como su propia sangre.

Me llevaba mi padre en una moto los lunes y me recogía el sábado. Y no todos.

Después pedí Membrilla, que podía ir yo sola hasta Almagro en bicicleta, la facturaba y me iba hasta Manzanares en tren. Allí otra vez la bici por el paseo del Espino hasta Membrilla. Al año siguiente el ayuntamiento me proporcionó una casa de maestros, mirando al río, donde al abrir la ventana se me metían las margaritas y las amapolas en la habitación. Una gozada.

La hija mayor de una familia amiga, se venía a vivir conmigo para que no estuviera sola.

Y tuve la suerte de coincidir con la mejor maestra que he conocido nunca: doña Lala. No he visto ni veré jamás una maestra como ella, que orden, que dominio, que capacidad. Sembró un huerto donde las niñas aprendían a cavar, sembrar, las partes de una flor… un día que vino la inspectora a visitarnos y que ella estaba ausente por enfermedad de su madre, quedó tan encantada que le dio el "voto de gracia", premio a su buen hacer, por lo bien enseñadas que tenía a las muchachas. Las alumnas en ausencia de la maestra le enseñaron el cuaderno de clase, la preparación de las lecciones, la lista de asistencia, prepararon y dieron la leche a las compañeras, calculando la proporción para prepararla con una regla de tres… vamos, la inspectora quedó alucinada.

En Membrilla también pasé los peores ratos, me tocó una clase de párvulos que eran la reoca. Me dio por no dormir, y todavía tengo en la retina los dibujos de las cortinas del cuarto. Aunque luego también en Membrila en el colegio San José de Calasanz todo fue de maravilla.

Luego le dieron a Paco también Membrilla, nos casamos, tuvimos a Rafa, y aterrizamos en Bolaños. Aquí también he estado muy bien.

He tenido muchas penas y pérdidas familiares que han hecho sufrir mucho, pero en la escuela no. La escuela ha sido mi refugio, mi alegría, mi descanso, siempre…